

Un Schubert de fuego y hielo

Aunque a Shubert se le conoce principalmente por su producción sinfónica, pianística, camerística y más estrictamente por los *Lieder*, su legado operístico ocupa más del 40% del corpus general de su considerable obra. Con motivo del años Schubert, que recientemente se ha celebrado en todo el mundo, la mayoría de los directores de renombre han intentado rescatarle de un olvido operístico injusto lanzándose a poner en escena algunas de sus obras más acabadas como *Fierabrás*, *El estudiante de Salamanca*, o la menos conocida aquí en España «Alfonso y Estrella», ópera de gran metraje y densidad que se enmarca ya dentro de lo que se llama *gran ópera*, alejándola del *singspiel* al uso aunque manteniendo aún la estructura de *Lieder* enlazados y un cierto anquilosamiento escénico que no hace muy cómodo el seguimiento de la acción.

La excelente iniciativa del Ayuntamiento de rescatarla, en colaboración con el teatro Jovellanos de Gijón, de un olvido más que lamentable, dada la temática que, sin duda, nos concierne tanto a astures como leoneses de forma directa aunque no real históricamente, merece los máximos elogios y parabienes. Si a ello añadimos el magnífico elenco de cantantes, coro, músicos y director, que colaboraron para hacer un producto más que notable, entonces podemos decir sin temor a equivocarnos que eventos operísticos de estas características son los que crean afición y rinden verdadero culto a la música y a la inteligencia.

Otro acierto más a la hora de valorar lo visto y escuchado el domingo en el claustro catedralicio, es el marco incomparable de piedra y luz donde se desarrolló la acción, por otra parte «aligerada» de algunas escenas importantes para «hacerla más visual», innecesariamente. La excelente acústica del claustro, unida a la calidad de los intérpretes, lograron el milagro de hacer creíble un libreto de cualidades dudosas pero sublimado por la música incomparable del autor de Rosamunda.

Basado en los dos libros de historia de principios del siglo XIX, y en «Como a ti te gusta» y «La Tempestad» de Shakespeare, Franz von Schober escribió un libreto lleno de lugares comunes, de anacronismos y escasa fuerza dramática. Fue Schubert con su música genial el que logró dar sentido al drama y conseguir momentos electrizantes llenos de hermosa música y finos matices.

El elenco de intérpretes que actuó tanto en Gijón el día 7, como en León el día 9, fue de lo más homogéneo, afinado y expresivo de cuantos hemos tenido la suerte de ver y escuchar en esta ópera. Tanto la luminosa voz de la soprano Lotte Letner, redonda, impostada, sin amaneramientos ni resabios, como la de su progenitor el barítono Alfredo García (Mauregato), de cuerpo amplio y color y esmalte vivos y sobrios, formaron una pareja impactante para enfrentarse al valeroso tenor Enrique Aarón (Alfonso), de cualidades canoras más que sobresalientes por dicción, expresividad contenida y adecuamiento al personaje principal, por otra parte no demasiado difícil de cantar y al bajo barítono Markus Peltz (Adolfo), de preciosa voz, segura, extensa y muy bien articulada con una línea de canto homogénea y empastada. Algo menos redondo, aunque también excelente en su recreación del personaje de Froila, el barítono Kyros Patsalides, consiguió una estupenda identificación con el venerable rey de León destronado, dando credibilidad a un personaje difícil que requiere una voz de gran proyección y segura técnica, cosa que logró con seguridad y dicción, pese a tener algún problema en la zona alta.

Los Virtuosos de Moscú, en esta su primera intervención como acompañantes fue de lo más empastado, luminoso y medido que se puede pedir para un evento como este en el matiz, la sutileza y la expresividad están a la orden del día. Fueron un lujo del que no debemos prescindir para futuras actuaciones en el campo de la lírica. El Coro de la Universidad de León, con su director Samuel Rubio como miembro integrante del mismo, brilló con luz propia cantando no sólo con seguridad y bastante aceptable dirección sino con afinación, proyección y empaste, pese a estar algo escaso en las cuerdas de hombres. Por último el director asturiano, el joven Mariano Rivas estuvo algo impulsivo y nervioso, pero fue en todo momento un conductor atento y refinado aunque algo ajeno a los solistas y coro. Una gran velada.